



CAPÍTULO III.

SU ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN.

- I. Sigue el espíritu de la Compañía.—Sentimientos.—Mortificación interior.
- II. Medios para alcanzarla: exámenes de conciencia, retiro mensual.—Teson en andar enfrenado.
- III. Vence las dificultades con la mortificación interna.—Pelea contra la gula.—Contra el frío y calor.—El denuedo en mortificarse le debilitó la salud.—Testimonio.

I

SAN Ignacio, tan mirado y remirado en sus dichos, en tocando este punto carga la mano, y con palabras mayores y con copia de epítetos recomienda á todos *que su mayor y más intenso oficio debe ser su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles*, como si conociera con la mucha lumbre del cielo que tuvo, que el fin inmediato del religioso de la Compañía ha de estar librado en vencerse y deshacerse á sí propio, avasallando sus apetitos. No por eso han faltado por la gracia de Dios en la Compañía varones santísimos que con sus penitencias igualaron las crueldades de los rígidos anacoretas, y aun pasaron más ade-

lante, como quienes hallaban en el Instituto anchísima puerta para contentar sus fervores. Hartos ejemplos encierran nuestros anales, y pueden leerse algunos en la *Vida* del P. Álvarez, escrita por el P. Lapuente.

Alábense en buen hora las sangrientas venganzas que tomaron de sus cuerpos inocentes para rendirlos al espíritu estos virtuosos varones; Juan Berchmans merece loa por haber seguido otro rumbo, por haber sitiado y cercado primero el espíritu con las espinas del vencimiento interior, y porque consiguientemente, tomada posesión del espíritu, encadenó y esclavizó el cuerpo con mayor señorío que el general rinde plazas y ciudades por hambre. Nueva y sólida manera de subyugar al hombre viejo; pues es bien cierto que no siempre la mortificación del cuerpo va acompañada de la del espíritu, necesaria para el acrecentamiento de las virtudes: ¡cuántas veces el aire de la vanidad sabe insinuarse por los cardos de la penitencia!

No temamos, pues, afirmar que fué modelo de perfecta mortificación. "Mi gran penitencia, decía, será la vida común. Tengo de seguir en todo la comunidad y aborrecer á par de muerte la singularidad. Singularidad es apartarse sin necesidad ni motivo de los usos y ejercicios ordinarios de la casa; singularidad, pedir ó tomar manjares, vestidos, muebles que no gastan los demás; singularidad, faltar á los actos de comunidad y al lugar y tiempo en que se tienen. Porque el superior apruebe ó autorice la singularidad, no por eso deja de serlo, aunque pierda el carácter de malicia. La singularidad es enemiga de la caridad; al contrario, la vida común, fuera de ser más segura, es medio infalible para alcanzar la perfec-

ción sin peligro de vanagloria." Así discurría el santo escolar en esta materia.

Salió un día de compañero con Jerónimo Albertgotti, cuando al pasar la puerta le advirtió: "Hago cuenta que volveremos para Letanías." — ¿Qué duda tiene, respondió el Hermano Jerónimo, si le hace á mi Hermano falta el tiempo?—"A mí ninguna, repuso Juan, pero esta mañana he hecho propósito de ausentarme lo menos posible de la comunidad, y no quisiera por descuido mío faltar á él, porque entiendo que el Señor hace grandes mercedes en tales ocasiones y perdona muchas faltas."—Mas porque pronto hemos de tratar de su amor á la vida común, dejemos aquí este punto y declaremos cómo todo lo que le servía para arrancar defectos y plantar virtudes, lo abrazaba con increíble fortaleza de ánimo.

Guerra continua al espíritu, atajando pensamientos inútiles; guerra viva al corazón, no consintiéndole afecto desordenado; guerra sin descansa á la imaginación, no condescendiendo con sus alocados antojos; guerra abierta y sin piedad á los sentidos, no dejándolos salir con la suya; guerra al cuerpo sin tregua ni intermisión, no permitiendo á la sensualidad que se levantara á mayores: de este modo, por la fuerza del espíritu, las potencias interiores y todos sus aliados se le rindieron y sujetaron. Descendamos á su plaza de armas, los exámenes de conciencia.

II

EXAMINAR para conocer, conocer para corregir, corregir para purificar: tal era el fundamento de San Ignacio, el hombre de los exámenes, el cual, demás de los de oración general y particular que dejó encomendados y reglamentados en el libro de los Ejercicios, y los practicó hasta el fin de sus días, entraba dentro de sí cada hora á pedirse cuenta de cómo la había pasado. Decía el Hermano Berchmans que el ejemplo del Santo Padre le obligaba á guardar los exámenes con toda la diligencia posible. Hémosle visto desde el noviciado emprender el examen de cada hora con gran cuidado y provecho. Del examen particular, solía decir que para extirpar vicios y malos siniestros y sembrar virtudes, no hay sino hacerle con esmero y puntualidad.

Para sacar más fruto miraba con sumo aprecio las advertencias dadas por el Santo Fundador. En su cumplimiento, no se disimulaba el más leve descuido. Si no bastaba imponerse penitencia á cada falta, obligábase en castigo á ir al Padre espiritual á acusarse. Este, decía, es poderoso aguijón para no andar cerrero. Si señal muy cierta del deseo de aprovechar es la aplicación al examen, forme concepto el que esto lee de su diligencia por lo que confesó al P. Cepari un mes antes de morir: que nunca había dejado de hacer los exámenes á su debido tiempo. Esto y su grande estímulo, resulta de aquella conocida sentencia suya, que dice así: "Entre los medios que usa la Com-

pañía para alcanzar su fin, tendré mucha cuenta con la oración, examen particular y general, y claridad con los superiores: ni recuerdo haber omitido ninguno, ni á ellos faltaría por un mundo que me diesen." Y quien considerare la molestia que causa el recogerse á menudo y hacer escrutinio del interior, verá qué espíritu tan singular de vencimiento propio tuvo.

Cuando entraba en campo con una mala inclinación, comenzaba con dos actos de la virtud contraria, uno á la mañana, otro á la tarde; el día siguiente dos, tres el tercero; y así progresivamente llegaba á docenas de actos hasta salir con el hábito de la virtud que pretendía. Con esta costumbre de examinarse y desmenuzar los más sutiles pensamientos y analizar los afectos más sencillos, adquirió entero señorío de sí. Entre las ocupaciones continuas no se le iba de vista su interior. Como el compás que una punta hincó en el centro, mientras que con la otra pasea la circunferencia, así rodeaba de continuo los rincones de su alma; y allí estaba presente sin quitar los ojos del enemigo; todo lo escudriñaba, y todos sus pasos medía, y todos los senos paseaba, y de todo hacía presa, y en todo formaba propósitos, y de todo se acusaba, y de todo se corregía, y de suerte se vigilaba y se tenía las riendas, que su alma parecía sometida á mil fuerzas diferentes que la solicitaban á mantenerse en equilibrio sin desviarse ni torcer, siendo lo más sorprendente que todo lo hacía sin turbación, sin violencia, sin escrúpulo, con generosidad, con sosiego, con amor.

Aquí experimentó lo que enseñan los doctores, que rara vez es acosado de escrúpulos el que tiene firmeza en contrarrestar las imperfecciones. No hablamos de apreturas de corazón, que son meros

juicios erróneos; pero ni aun tuvo aquellas dudas é incertidumbres que solían congojar el ánimo de los santos. Cosa más de maravillar en un joven como él, que con tanta sutileza hacía anatomía de pensamientos y de afectos, según se ve en las listas de faltas que solía presentar al superior para que le diese reprensión; y en ellas se refleja muy bien la luz que de Dios recibía y la pureza con que andaba. Muchas personas, por la calidad de estas faltas que con estima conservaban, colegían la grande elevación de su espíritu.

Demás de los exámenes diarios, como negociante hábil que á todas horas toma las cuentas de cargo y data, cada mes tenía su día destinado al balance espiritual, y á liquidar pérdidas y ganancias. Retirado en su aposento hacia cuatro horas de oración; las restantes pasábalas en ajustar cuentas, cotejando un día con otro, una semana con otra, un mes con otro: reglas de silencio, modestia, propósitos, avisos, oraciones, exámenes, clases, recreaciones, estudios, todo venía á tanteo en su finísima balanza; todo lo pesaba y contrapesaba, dando á cada falta su merecido, porque trataba con ardiente estudio y con firme tesón de cumplir con sus propósitos. Para valernos de un comparación de su primer biógrafo, era su alma como arpa en manos de un diestro tocador, el cual después que alegró y arrebató los oídos con la dulcedumbre de sus armonías, pára y se recoge á requerir una por una las cuerdas del instrumento, porque destemplándose alguna no cause con la discordancia el desconcierto de las demás; así nuestro fino artista, tanteadas y apretadas las clavijas, seguía en su vida de escolar haciendo música suavísima que ponía asombro á los ángeles del cielo.

Según esto, no de otra cosa tenía ansia sino de llevar tirantes las riendas, de templar el ánimo, de refrenar gustos, ordenar delectaciones sensibles, reprimir osadías de apetitos, romper cadenas de imperfecciones, tener dominio en todos sus sentidos; y tan como valiente se portó en el ejercicio de esta severidad, que sujetó por la fuerza todos sus siniestros, alcanzando tantas victorias como dió batallas. Pongamos en resumen algunas.

III

SI, según el Angélico Doctor, el acto eminente de religión es el sacrificio, si el más excelente sacrificio es el holocausto, si el holocausto del alma que muere toda á sí en razón de vivir á Dios es el más digno y estimable; ¿qué juzgar de los actos sin cesar renovados en que este animoso héroe tenía levantada siempre la cuchilla para inmolarse las demasías de su espíritu? Ni pensemos que nada tuvo que vencer, ni que todo se lo hallase hecho, ni que su blando natural le ahorró la pelea. Nadie ignora que es el claustro un mundo en pequeño. ¿Pequeño digo? No: sino el gran mundo, si le hay, donde el enemigo libra sus campales batallas, como quien duerme sobre los del siglo por tenerlos ya por suyos, y anda cual león furioso bramando en torno de los siervos de Dios. Ni digamos que Juan estaba exento de las leyes comunes á los hijos de Adán, ni que si dejaba de sentir el aguijón de las torpes concupiscencias lejos de halagos del mundo, el enemigo desistiera del combate, ni que si desistió fué por verse falto de ba-

terías, ó que no halló en su viejo arsenal artes bastantes para derrotar á este atleta, ó que careció de astucia para tentar la entrada. No: dióle muchos toques y fuertes tientos para contrastar su fortaleza y ver á dónde llegaba: bien sabe el tentador hacer cala y cata de lo que hay dentro del hombre cuando está en el vigor de los años. Mas si le asaltó, no le entró; si le acometió, no le rindió; si le tentó, no le venció: antes ensangrentó de balde los dientes de su astucia en las espinas de su mortificación.

La razón de no recibir ninguna herida en la refriega fué porque se valía de la fuga, huía de su propia voluntad con todas sus fuerzas, y se acogía en todo á la de Dios; con que si el demonio le armaba lazo, no hacía lance en él, porque no vivía en sí y tenía totalmente muerto su querer. ¡Esforzado combatiente! Y aunque San Agustín declara que no faltarán martirios y persecuciones á los siervos de Dios, pues no falta el demonio, pero bien pudiera decirse que llegó nuestro Santo á un punto en que más pareció ir á los alcances al mismo enemigo que verse acosado por él. Por lo que sigue se hará esto más evidente.

La gula por algún tiempo dió á Juan materia de combate. ¿Y quién dejó de rendir parias á este vicio? San Bernardo, con ser tan sobrio y parco, que muchas veces ignoraba lo que comía, confiesa de sí que hallaba siempre de qué culparse por haber pasado la raya de la necesidad. *¿Quién hay, dice San Agustín, que se precie de contenerse en los términos de lo necesario? Si alguno hubiere, alábate, Señor: de mí sé que á ese punto no he llegado*¹. Adiestrado el Hermano Juan con esta

¹ Conf., lib. x, cap. xxxi.

celestial enseñanza y temiendo los embelecios del paladar, quejábbase de ser tentado de gula y aun llegó á confesarse de haber sucumbido alguna vez. ¿Cómo se compone esto con lo que luego diremos, y aseguraron muchos, que la mortificación en el comer y beber le acertó notablemente la vida? Fácilmente. La juventud para desarrollarse pide mayor cantidad de alimento, cuya falta la hacen manifiesta los estímulos del hambre; pero dió el bendito mozo en calificar por raposerías de la gula los que eran meros apuros del estómago. Siendo fácil de conocer cuándo se busca la comida por el deleite y muy dificultoso no dejarse llevar de él, por ser inmediato el paso de la necesidad á la demasia, para mejor acertar se levantaba siempre de la mesa con más hambre de la que podía soportar su físico, temiendo alargar sobrada rienda al apetito con dar al cuerpo lo rigurosamente necesario. Las resultas de estas privaciones fueron las jaquecas frecuentes que le dieron harto que merecer. *“Decíame á menudo, testifica el P. Gori, que padecía dolor de cabeza; yo creo que le nació de aquel continuo afanarse en los ejercicios de mortificación y devoción y estudios”*¹.

Otro fué su régimen respecto del sueño. San Ignacio enseña que así como es parte de la penitencia cercenar de la comida no lo superfluo, que sólo sería templanza, pero aun de lo conveniente, guardada discreción; así cuando trata del sueño, molestísimo acreedor que exige inexorable lo que le quitan, quiere el Santo Fundador se le conceda lo conveniente, porque no impida luego mayores bienes; y por este motivo en las Constitu-

¹ Proc. rom., pág. 337.

ciones prescribe se tenga cuenta en este punto con los que padezcan necesidad. Por esta ley de prudencia se gobernaba nuestro Santo. Durante el primer año que estuvo en Roma, tomaba un día cada semana para descansar ocho horas: pedía para ello licencia expresa cada vez. Luego que le pareció haber cesado la razón de necesidad, se contentó con las siete concedidas por el Instituto.

Pero el sueño de entre día, ¿cuántas victorias no le ocasionó? Tres veces por semana hacía el Padre espiritual plática á los filósofos á boca de noche; hora ocasionada á sueño para jóvenes que andaban todo el día atareados con los libros. Entre tanto que algunos se trasponían y se olvidaban de todo, el Hermano Berchmans despedía el sueño de sí sin dejarle cuajar, siempre despierto con ojo avizor quebrantando con la fuerza de la voluntad la fatiga de los sentidos ¹.

Tampoco se le vió descabezar el sueño durante el día, porque era su propósito estar en vela á todas horas, ni consentir un solo instante de tregua: cosa tanto más peregrina, cuanto que la necesidad fuerza en Roma á dormir la siesta en ciertas temporadas del año.

Otro linaje de peleas le proporcionaron las condiciones del clima. Un día de invierno viéronle la cara pálida, las manos y orejas horribilmente maltratadas por el rigor del frío. Algunos de casa, reparando que ni se guardaba del aire, ni hacía por calentarse, ni mostraba sentir molestia ², le afearon su ningún cuidado, pues aquello era quererse mortificar á remate. Respondióles blanda-

1 Proc. rom., pág. 398.

2 Proc. rom., pág. 437.

mente: *Todo se es una cuenta: al cabo no veo yo por qué de eso me tengo de avergonzar* ¹.

Tampoco le importaban mucho los calores de Roma; le enervaban, él haciales rostro; no le dejaban vivir, el resistía á sus bascas; abatían su persona, él para contrastar su rigor se ofrecía á ir de compañero con los que salían de casa tres ó cuatro veces al día en horas de más bochorno ².

No pasemos adelante. En abarcar con gran gozo estos combates quedaba satisfecho su deseo de mortificación. Cuando más crecía en años, á mayor severidad procedía. Postró las fuerzas enemigas hasta el extremo de perder los bríos el mismo cuerpo, y la carne debilitada y domesticada gastarse, consumirse, darse al fin por entendida. *Dios se apresuró á sazonar la santidad de su siervo, y el Espíritu divino inflamó en su corazón esta llama devorante; pero Berchmans respondió generoso al celeste impulso, y haciéndose más admirable que imitable, se abrevió la vida con los rigores de una penitencia interna, menos llevadera que la austeridad corporal.* Esto juzga el P. Angelini ³.

Que no va fuera de camino el juicio de este historiador, y que con el Santo joven usaba el Señor una providencia singular, lo prueba, entre otras, esta razón. Fué testimonio de muchos que al llegar de Flandes á Roma gozaba de buenas carnes y de color sano; pero á los dos años andaba tan macilento y desmedrado, que daba lástima verle ⁴. Pues así que la misma flaqueza le hizo entrar

1 Proc. rom., pág. 555.

2 Proc. rom., páginas 411 y 453

3 *Vita*, parte II, capo VI.

4 Proc. rom., pág. 513.

en temores de que acabaría presto la salud, dió en pensar que aquel instinto natural era cosa desordenada y convenia combatirle, y no paró hasta superarle del todo. *Confesaba que habia del todo vencido y echado de sí el cuidado de mirar por la salud que le aquejaba en este último tiempo.* Esto declaró su Confesor el P. Masucci¹.

Confirmación ilustre de lo dicho es el testimonio de su profesor de ciencias matemáticas, el P. Grassi. Dice así: *Quien considerare aquella tirantez y vela continua sobre sus acciones, su diligencia en el hacerlas, su santa codicia del tiempo, que siempre empleaba con fruto sin perder una minima partecilla, por manera que el que haya leído el orden que en sus obras cotidianas habia entablado, se espantará cómo pudo en tan breves años hacer tantas cosas, y pensará que esta fué la causa de abreviársele el hilo de vida tan ejemplar: quien estas cosas, repito, considerare, juzgará haber sido esta una grandísima penitencia, pues fué poderosa para acabar con él*².

Así entendía nuestro espiritual mancebo el espíritu de mortificación, así ponía en práctica aquel *vince te ipsum* que no se le caía de la boca al Santo Patriarca, así traía á todas horas en su cuerpo la mortificación de Jesucristo. De aquí le nacía un temple de alma varonil para todo lo bueno. Lo que sucede al cuerpo cuando goza de entera salud y de perfecta templanza de humores, que se derrama por todo el exterior una deleitosa frescura y gallardía, en tanto que por dentro circula el vigor, y sin necesidad de afeites se mantie-

1 Proc. rom., pág. 421.

2 Proc. rom., pág. 445.

nen robustos los miembros; lo mismo le acontecía al alma de Berchmans. Con la postración de sus gustos y exención de imperfecciones, sentía un deleite y lozanía capaz de hacer frente á todo género de contratiempos. La virtud de la mortificación le hacía señor de sí.

